

Inés Izaguirre

Socióloga, investigadora IIGG, APDH.

Retomando el tema de la jornada, acerca de memoria o toma de conciencia, me planteaba lo mismo que en esta reunión comentaba Edna, que era el problema del saber, del conocer. Es decir, ¿cómo partimos de una situación en la que conocemos menos a una en la que conocemos más? Por eso había pensado en ponerle el siguiente título a mi exposición “Memoria o toma de conciencia: dos abordajes del conocer”.

La memoria empieza a estudiarse en el ámbito de la psicología clínica a fines del siglo XIX, como aquel proceso mental, orgánico, de registro de hechos y situaciones que permite almacenarlos y recuperarlos. Como ocurre con muchos procesos vitales, es más fácil estudiarlos en quienes somos los últimos en la escala del desarrollo zoológico, o sea, los humanos, y no porque los animales no tengan memoria, sino porque desde mediados del siglo XX se ha avanzado en el estudio del cerebro humano, en particular sobre el asentamiento físico-cerebral de los procesos de memoria. En este punto además siempre recuerdo lo que decía Carlos Marx en el famoso capítulo sobre “El método de la economía política”, en los Grundrisse de 1857-58, acerca de que la anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono, o sea que sólo podemos entender el organismo más primitivo a partir de que conocemos el organismo más desarrollado.

Las preguntas relativas a la localización cerebral o neuronal de los procesos mnémicos y a su desarrollo biológico a lo largo de la constitución de la especie han sido habituales en biología y psicología clínica, así como la preocupación más reciente por la llamada “pérdida” de memoria, - que muchos de nosotros ya padecemos y que es tan incómoda en la tarea docente - las patologías vinculadas a dicho proceso y el estudio de su potencial recuperación a medida que se prolonga la vida de la especie. En pedagogía además, siempre se

vincula la memoria con el aprendizaje: para que haya memoria debe haber un proceso previo de aprendizaje, o sea, para que haya registro y recuperación de hechos o situaciones, debe haber un proceso previo de experiencia, de práctica, de acción del propio cuerpo con otros humanos, o con cosas.


La problemática que nos convoca a estas Jornadas no es aquella memoria naturalizada con la que registramos y verbalizamos las tablas de multiplicar hasta transformarlas en automatismos, ni la memoria de la lengua, ni los miles de automatismos contruídos desde nuestro nacimiento con los cuales desarrollamos cotidianamente nuestra vida. Ni la memoria de los pares de palabras – el par estímulo-respuesta del conductismo norteamericano - que consagró el experimento de Milgram en “Obediencia a la autoridad”.

Hoy sabemos que hay tipos de memorias diferentes, que corresponden a las experiencias de los mamíferos superiores tal como los describe Henri Laborit en “La paloma asesinada. Acerca de la violencia colectiva”, texto cuya primera edición es de 1983. Laborit distingue entre memorias de mediano y de largo plazo, para las cuales se han encontrado circuitos neuronales diferentes.

Los registros de los primeros años de vida están vinculados al sistema límbico, asentado físicamente en el paleoencéfalo, también llamado memoria de la especie, donde se registraron las primeras experiencias de la especie humana. Las experiencias posteriores según sean agradables o desagradables, desencadenan, con el pasaje del flujo nervioso, una síntesis de moléculas proteicas que van a fijarse en la superficie de las sinapsis -las uniones neuronales- y las modifican, de modo que un nuevo flujo nervioso tenderá a pasar por el mismo camino. Dentro de cada sinapsis están los gránulos que contienen los mediadores químicos que unen las neuronas entre sí, y llevan la información al sistema nervioso central. * Son los neurotransmisores, que serán aislados recién en la década de 1970.

* Esta fisiología fue descubierta por Ramón y Cajal, Premio Nobel de histología en 1906.





La organización de las memorias de esas experiencias están vinculadas al cortex, o sistema nervioso central, que recibe estímulos externos – de los objetos externos y del mundo exterior – e internos, del propio cuerpo, y está vinculado tanto con el sistema límbico como con el sistema hormonal, que impulsa a actuar o inhibe de hacerlo. De allí que la acción sobre los objetos sea de enorme importancia para preservar el equilibrio endócrino, para mantener al organismo en equilibrio y para canalizar la agresividad, en particular la agresividad defensiva. Y que el síndrome de inhibición de la acción (SIA), si se transforma en hábito, sea fuente de graves enfermedades.

1. Memoria histórica y conocimiento.

Esta es la base de la memoria a largo plazo, que incluye los afectos. De allí que Freud diera tanta importancia a los primeros años de vida del niño, pues es entonces cuando se desarrollan los haces y las vías neuronales. También, por los mismos mecanismos, pero usando otras redes neuronales tenemos la memoria a mediano plazo.

Es decir, tenemos distintos tipos de memoria vinculados a la memoria del largo plazo, que es esta memoria más afectiva, que registra estos procesos de los que hoy se ha hablado acá, relacionados con situaciones traumáticas. En todos los estudios clínicos, siempre está presente el vínculo aprendizaje - memoria. Nos preguntamos cómo han influido en la cultura occidental los tratados pedagógicos del siglo XIX, por ejemplo, acerca de la importancia del castigo y la obediencia para que haya aprendizaje.

Hay textos que son realmente extraordinarios como el de Alice Miller, *Por tu propio bien, así se llama ¿verdad?*, que es de 1980. Alice Miller, psicoanalista alemana, revisa la literatura europea de la llamada pedagogía negra de mediados del siglo XIX, sobre cómo debía enseñarse a un niño para que ya a los dos años fuera absolutamente incapaz de desobedecer. Su libro reproduce fragmentos de esos textos: la obediencia absoluta a partir de los dos años, se logra con un castigo sistemático y cruel durante el periodo previo.

Las memorias del largo plazo también tienen que ver con nuestras profesiones: la tuya como historiador, la mía como socióloga. Cuando decimos que la historia la escriben los vencedores, es una forma de fijar la memoria...de los “otros”. En una sociedad desigual las clases dirigentes o dominantes tienen una preocupación importante: que los sectores subordinados aprendan determinadas versiones de la historia, es decir, incorporen determinados hechos. Claro que dentro de las clases dirigentes o dominantes hay quien lucha sistemáticamente contra esas memorias impuestas, como es el caso de Osvaldo Bayer que quiere deconstruir la historia de Roca y sus predecesores y de los Martínez de Hoz y poner en su lugar las memorias de los pueblos sojuzgados. Nosotros en la APDH tenemos ya una delegación en Rauch, un pueblo de la provincia de Buenos Aires, que lleva el nombre de un joven general prusiano contratado por los diversos gobiernos argentinos del primer tercio del siglo XIX para luchar contra los indios, y precedió en más de 60 años a la campaña de Roca ¿verdad?. Se autodenominan Arbolito. “Arbolito” es el nombre del cacique ranquel que mató a Rauch en combate en 1829, para vengar la muerte de muchos ranqueles que murieron degollados por Rauch “para ahorrar balas”, como él mismo decía. Es decir, el trabajo sistemático de investigación –y difusión– de historiadores como Bayer rinde sus frutos. En nuestro campo pocos textos teóricos tienen la envergadura y la densidad del famoso párrafo 4 del cap. 1 del Capital, El fetichismo de la mercancía y su secreto, en relación a cómo se produce el proceso de conocimiento en el capitalismo, el proceso de toma de conciencia de situaciones nuevas. Probablemente sea el texto epistemológico más profundo de Marx. La pregunta que está detrás del texto refiere a cuál es el momento en que al menos una parte de la especie humana comienza a plantearse el problema del conocimiento, de la toma de conciencia de lo que está haciendo, y cómo lo hace. Marx refiere a un período –entre los siglos XVI y XVIII - en que cada vez más grupos humanos realizan tareas –trabajos- diferentes a los que hacía la generación anterior, y que son tareas nuevas cada vez en mayor escala.



Se pregunta cómo los hombres conceptualizan esas tareas, si advierten que la situación es diferente a la de sus ancestros, y cómo lo expresan. Es un planteo enormemente original. Con su perspicacia habitual Marx se da cuenta que el primero que había detectado los observables de tales cambios era Federico Engels, su joven amigo solidario de toda la vida, cuando escribió *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, publicado en alemán en 1845. ¿Qué es lo distinto que están haciendo los hombres? se pregunta.

El ejemplo que toma Marx para desarrollar esa pregunta es el de los trabajos, los diversos trabajos privados independientes, que son el hecho nuevo que se está produciendo, lentamente, bajo los ojos de todos. Desde el siglo XVI se van desarrollando en Europa, partiendo de la comunidad rural con base familiar, una serie de nuevos trabajos que se van articulando entre sí, a los que se van sumando los viejos maestros artesanos. Es la sociogénesis del nuevo modo de producción. Hasta ese momento la tierra había sido el medio de producción por excelencia, y los trabajos eran los de la familia rural, lo que se refleja en el pensamiento de los fisiócratas. Marx se pregunta cómo los hombres adquieren conciencia de ese proceso. Y llega a la conclusión- luego de analizar que Aristóteles, pese a su genio, tampoco podía verlo: que los hombres registran lo que ven. ¿Y qué es “lo que ven”? Son las relaciones sociales del mercado, esa multiplicidad de relaciones de intercambio que se van dando en los mercados locales y urbanos ya en el siglo XVII, mucho más cuando él escribe, en el XIX. ¿Cuáles son los atributos sociales de esos hechos que se desarrollan bajo sus ojos? Uno es la escala de la situación. La población de Europa había aumentado un 70% desde el siglo XVII al XIX, y hay ciudades industriales como Manchester y Liverpool que habían duplicado su población en el periodo previo al libro de Engels, quien registra un hecho nuevo: la multiplicidad y la acumulación de obreros en condiciones de vida deplorables en las ciudades inglesas.

2. Conocimiento fetichizado. Sólo hay abstracción empírica.

Ese registro de “lo que se ve”, las relaciones crecientes de intercambio mercantil, Marx lo va a llamar conocimiento fetichizado. En términos de Piaget diríamos: hay abstracción empírica. Las otras relaciones no se ven. ¿Cuáles son las otras relaciones? ¿Por qué no las ven? Porque no están a la vista: son las relaciones de producción, que se producen en aquellos espacios donde están solos el patrón y el obrero, un espacio que no es público, es privado. Y donde el propietario ha puesto un cartel en la puerta que dice: “Prohibida la entrada a toda persona ajena a esta obra”. Por eso no se ven.

Lo que se ve es lo que es público, las relaciones de intercambio mercantil, donde sólo hay compradores y vendedores. Estos de alguna manera saben cuánto valen las cosas que hacen y por cuántas otras las pueden cambiar. Ese saber no está escrito. Hasta que a fines del siglo XVIII los primeros economistas ingleses que Marx considera científicos porque sus saberes son independientes del poder, Adam Smith y David Ricardo, descubren que el único elemento común entre los productos de los hombres es el trabajo humano. Hay algo en los productos del trabajo humano que es igualitario, hay algo de igual en aquellos productos que los hombres simplemente intercambian unos por otros en el mercado. Intercambian los productos por su valor pero no saben que, al hacerlo, están comparando sus propios trabajos como formas diversas del trabajo humano.

Y Marx concluye: No lo saben, pero lo hacen. Mostrando que hay un saber precientífico, un saber que no pasa por la conciencia, algo así como un “saber del cuerpo”, que es posible hacerlo conciente si se apela a la reflexión, a la reflexión sobre la acción. Es un hacer sin saber qué se está haciendo, consagrado por el uso, por la práctica. Un experimento similar es el que hace Piaget con la gente de su propio equipo de investigación: el “andar a gatas”. Los hace andar a gatas para que conozcan cómo se gatea porque todos sabían, sabemos, gatear pero nadie sabía explicar cómo. No había toma de conciencia. Es un buen ejemplo del “no lo saben, pero lo hacen”.



Entre los siglos XVIII y XIX la especie humana comenzó un proceso de medición de sus propias actividades, todavía limitado a las acciones mismas. ¿Cuando comienza a haber pensamiento económico científico, pensamiento reflexivo sobre las acciones de los hombres? Cuando la producción comienza a exceder las necesidades más inmediatas, cuando hay grupos de hombres que pueden dedicarse a observar y pensar sobre estos procesos.

Los economistas clásicos descubrieron esta potencialidad igualadora del trabajo humano, su capacidad de medición de las cosas, pero no llegan a preguntarse por qué el trabajo se representa en el valor, ni por qué la duración del tiempo de trabajo se expresa como magnitud de valor. Ven esta relación como “natural y eterna”. Este es su límite (de clase), el límite de su toma de conciencia, porque no pueden concebir la forma del valor y su dualidad en el trabajo mismo, en la energía transformada en fuerza de trabajo, lo que los forzaría a admitir el carácter histórico de la producción burguesa.

Aristóteles no podía ver siquiera ese elemento común. En su sociedad, evidentemente, los trabajos no eran tan diversos ni eran todavía “privados independientes” porque además los hacían los esclavos, que pertenecían al orden natural de las cosas. ¿Cuáles eran los trabajos reconocidos? El filósofo, el profesor, el escultor, el guerrero. Más aún, en la sociedad griega ni siquiera había una palabra que designara al “trabajo”. La aparición del término en la cultura occidental sería el indicador de que ya existe el concepto, y que puede ser pensado con abstracción de sus formas concretas.

La pregunta que está detrás del texto de Marx sobre el pensamiento económico científico refiere además al proceso de conocimiento autonomizado del poder dominante. Porque en el momento en que Marx está escribiendo el Capital, el conocimiento de las acciones de los hombres se hace de un modo fetichista, es decir, atribuyendo a las cosas, a las mercancías, las cualidades que sólo corresponden a las relaciones entre los hombres que las intercambian: son lo que se ve, las relaciones entre compradores y vendedores.



¿Y qué es lo que no se ve? Las relaciones entre propietarios de medios de producción, del capital, y los propietarios de solo su fuerza de trabajo. Lo que no se ve es precisamente lo que constituye el elemento histórico más reciente. Es el espacio donde se hace visible la lucha de clases. El proceso de trabajo no se hace inmediatamente social. Y la articulación que se va haciendo entre los “trabajos privados” es un proceso social.

Lo que no se ve es el proceso social histórico por el cual se hacen visibles las cualidades, los atributos sociales del trabajo humano, su utilidad, que produce valores de uso para alguien y su poder de igualación, que produce valores que pueden ser cambiados por otros. Antes de ese párrafo, Marx compara ese carácter social universal de los productos útiles con el lenguaje, “ya que la determinación de los objetos para el uso como valores es producto social suyo a igual título que el lenguaje”.

Es lo que hace afirmar a Marx sobre la conducta de los hombres: No lo saben pero lo hacen. Es un proceso de aprendizaje previo a la conciencia, que los seres humanos han incorporado, al igual que el aprendizaje de la lengua.

3. Hacia la abstracción reflexiva.

¿Cuál sería entonces la diferencia conceptual entre memoria y toma de conciencia? Hasta aquí considero que la diferencia está en los cuerpos teóricos de donde partimos para observar lo que observamos. En ambos casos nos encontramos ante procesos de aprendizaje, pero además Marx está tratando de explicar cómo acceden los seres humanos cognoscitivamente a los cambios que ellos mismos están produciendo, en un proceso que es un punto de inflexión en la historia de la especie humana. En el siglo XIX era muy difícil entender esto por parte de los intelectuales. Hoy ya no es así para nosotros.

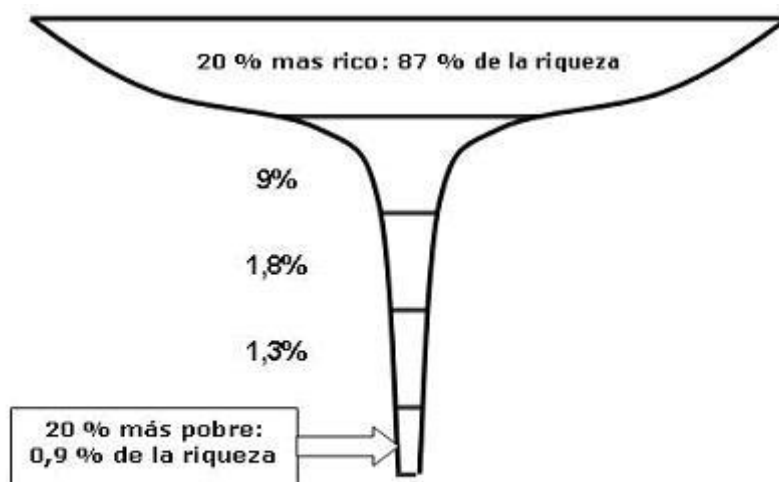
Las investigaciones de Piaget, nos ayudan a entender las diferencias entre los procesos comprometidos en la acción, en hacer algo, y el conocimiento de esas acciones. Esto, dice Marx, este descubrimiento científico de que los productos del trabajo, en la medida que son



valores, constituyen expresiones -con el carácter de cosas- del trabajo humano empleado en su producción, inaugura una época en la historia de la especie humana. En modo alguno desvanece la apariencia de objetividad que envuelve a los atributos sociales del trabajo que hemos mencionado antes: la utilidad, y la igualación. Marx esto lo escribe un poco más acá de la mitad del siglo XIX cuando recorre los caminos de Francia y de Alemania para que le publiquen los capítulos de El capital. Y al final del tomo I ya está hablando de la acumulación: ¿de dónde sale que hay gente que tiene muchísimo más y otra que no tiene nada? Porque ha partido del texto de Engels, que es de 1845 cuando Engels tenía 24 años. Nos da vergüenza a todos. (RISAS)

Lo que siempre les muestro a todos es lo que sacó Naciones Unidas a principios de este milenio, y que voy a incorporar al texto que va a salir en el n° 6 de la Revista. Es la distribución mundial del ingreso a comienzos del tercer milenio y la figura es la copa de champagne, como la llaman eufemísticamente los economistas de los organismos internacionales que se han animado a mostrar esta realidad, y que ayuda a entender la crisis que comenzó a desplegarse en 2008.

Gráfico I: Distribución Mundial del Ingreso a comienzos del tercer milenio:
“La Copa de Champagne”



¿Qué contiene esta copa de champagne? Este gráfico nos produce violencia moral porque muestra con meridiana claridad el desarrollo de la ley de acumulación en nuestros días: El 20% de la humanidad se apropia del 87% de la riqueza. Esa es la parte del champagne, digamos. La parte del pié de la copa, ahí tenemos todo el resto de la humanidad y sabemos que entre los dos últimos quintiles, es decir, el 40% de la humanidad tiene 2.1%, 1.3% y 0.9% de la riqueza total. Al pie del gráfico agregan, por si nos quedara alguna duda, que en realidad las 250 familias más ricas del planeta, se apropian del equivalente de lo que tienen los 2500 millones de las personas más pobres.

El punto de partida de estas reflexiones se asienta en las condiciones en que se está desarrollando el modo capitalista de producción a comienzos del siglo XXI: la contrarrevolución capitalista mundial iniciada hace apenas 3 décadas, que ha logrado extender y profundizar al máximo lo que son las contradicciones esenciales del modo de producción: Concentración de riqueza y poder como nunca antes vió la humanidad, máxima desvalorización de la fuerza de trabajo creadora del obrero social, como la de todas las mercancías, un avance científico y tecnológico que supera todas las fantasías de los mejores escritores de ciencia ficción. Y un atraso y una precariedad asombrosas en el conocimiento de la conducta humana, y sobre todo, en la posibilidad de producir un avance civilizatorio que supere la ajenidad con que una parte de la humanidad mira y siente a la otra. Esa precariedad en el conocimiento se extiende al conocimiento del desarrollo del modo de producción. Se expresa como una profunda ignorancia de que esta situación ya fue descrita y prevista científicamente hace 150 años, en el capítulo 23 del tomo I del Capital. Pero...quién conoce el capítulo XXIII del tomo I si nadie lo lee? Lo que podría ser una forma nueva de negacionismo, se trata solo de ignorancia, aunque ambas palabras tienen al menos una raíz en



común: no ver. A lo que se agrega el rechazo ideológico, aunque esta tendencia del modo de producción capitalista ya había sido prevista hace un siglo y medio. Y fue enunciada como ley social general, que se cumple a rajatabla y avanza.

Imponer estas condiciones, desde el centro desarrollado hacia las periferias exigió la implementación de una permanente estrategia estatal de guerra, aunque no siempre se ha resuelto bajo formas bélicas y menos aún genocidas, al menos hacia el interior de las sociedades. Ha sido suficiente en muchos casos una estrategia represiva "armada". Aunque cada vez más, sobre todo desde la Segunda guerra mundial, los poderes imperiales lo están resolviendo así: con muerte, guerra y genocidio.

4. Acumulación, desigualdad y guerra

Es decir, acumulación es equivalente de desigualdad y de guerra. La guerra es la primera tarea colectiva de la especie humana, dice Marx en los Grundrisse. Es una constante de la especie humana, es la culminación de la lucha de clases. No obstante, la guerra tiene mala prensa. Pocos están dispuestos a aceptar que ha habido, y hay, guerra en todas las sociedades, en todo tiempo y lugar. Esta mañana en el panel anterior hubo también una discusión sobre este tema. Lo que tienen de común las clases dirigentes y hegemónicas es que todas en algún punto coinciden en que hay que impedir las alianzas sociales donde intervienen las clases subordinadas, impedir que sean mayoritarias. Hay que resolver la lucha de clases a favor del dominante.

En la historia de occidente -y me voy a limitar al siglo XX, en pleno capitalismo, porque no me da más el tiempo- tenemos, por lo menos, dos grandes conflagraciones mundiales, de las cuales la segunda es atroz: produce 52 millones de muertos, aunque mis compañeros de sociología de la guerra dicen que son cifras conservadoras. Y aún si fuera la cifra real sería difícil imaginarla, son montañas y montañas de



muerdos, ¿verdad? esta segunda guerra genera además una política mundial, que los países más desarrollados no habían logrado en la primera guerra, una vez derrotada Alemania. Al finalizar la primera gran guerra el capitalismo se había vuelto imperialista. En esa fase superior, se produce la revolución rusa de 1917 y los obreros alemanes producen una insurrección para apoyar la revolución, en tanto que para la dirigencia de los estados capitalistas se hacía presente por primera vez el enemigo concreto del orden social dominante, el socialismo. La insurrección obrera de 1918 es aplastada por el gobierno socialdemócrata, dirigido por Friedrich Ebert, que busca “culpables”. Culpables de la pérdida de la guerra y de la violenta expropiación de Alemania a que la someten los aliados para el cobro de deudas de guerra: Los encuentra entre esos obreros comunistas y bolcheviques. Este rótulo acompañará la persecución contra todas las fracciones radicalizadas, y no cesará a partir de entonces. Friedrich Ebert, socialdemócrata que dirigía el gobierno, crea en 1923 el primer campo de concentración en Alemania, mucho antes de la emergencia del nazismo, y allí irán a parar los obreros comunistas. Como símbolo, en 1919, era asesinada Rosa Luxemburgo por un oficial alemán. El hecho que muchos de los militantes socialistas y comunistas fueran de origen judío, entre ellos muchos exiliados de Rusia y Polonia, facilitará la articulación de ambas condiciones negativas en la construcción del nuevo enemigo: comunista y judío.

El gran crítico de esta política aliada respecto de Alemania y de todo este período de la primera posguerra es el economista inglés John Maynard Keynes, que pasó su vida prediciendo los desastres que se producirían en las sociedades capitalistas si los estados dejaban el funcionamiento económico al “libre juego de las fuerzas del mercado”. Estados Unidos había realizado su gran expansión capitalista a partir de la crisis mundial de 1929-30, aplicando el modelo keynesiano de inversión estatal regulada. A partir de entonces, la lucha política de tendencias entre liberalismo y nacionalismo se extiende también a



Italia y Japón, y luego a España, como guerra civil, que como señala Traverso, culmina en el resto de Europa con la Segunda Guerra Mundial y la nueva derrota de la coalición conducida por Alemania, en 1945. Las clases dominantes del mundo desarrollado dejaron que los ejércitos hitlerianos penetren en la URSS y la debiliten. El período siguiente tendrá esa impronta: el eje ideológico de la llamada “guerra fría” va a ser la lucha contra el comunismo y el marxismo.

La Segunda Guerra Mundial fue un verdadero hito en el desarrollo del capitalismo mundial y global. La conmoción de semejante masacre produjo además otro ordenamiento: En 1945, junto a los procesos de Nuremberg, se constituyen las Naciones Unidas, que en 1948 aprueban la Declaración Universal de los Derechos Humanos, como si la humanidad, por primera vez, advirtiera por boca de sus representantes políticos, que está al borde del abismo, sobre todo después de Hiroshima y Nagasaki. Tan sólo 4 meses después, en abril de 1949 se constituye la OTAN - alianza militar encabezada y conducida desde entonces por Estados Unidos e integrada además por Canadá, Bélgica, Gran Bretaña, Dinamarca, Italia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Portugal, Francia e Islandia – con el objetivo declarado de “contrarrestar la expansión política de la Unión Soviética en Europa”. El presidente Truman había postulado el año anterior ante el Congreso de su país, el “derecho norteamericano de intervenir en los asuntos internos de otros países, cuando considerara amenazada su seguridad nacional”. Lo que comienza por ser un ordenamiento político, se hace claramente un ordenamiento político-militar.

Pablo Bonavena y Flabián Nievas nos informan que entre 1945 y 1990 la aparente “guerra fría” del capitalismo desarrollado es en realidad un eufemismo que encubre una multiplicidad de guerras en la periferia del capitalismo: 146 guerras en distintos lugares del planeta con unos 35 millones de muertos. Más de 40 años tardaría el nuevo imperio en conseguir la implosión del socialismo real, mientras desarrollaba un aparato de inteligencia cada vez más complejo. Le van cambiando los



nombres. Primero fue guerra de baja intensidad en la época de Reagan cuando comienza la ofensiva neoliberal. Al finalizar los 90 se produce la implosión del llamado socialismo real, y en esa década se lleva adelante la política de exterminio de militantes de izquierda en América Latina, configurando así una de las condiciones de ejecución del delito de genocidio, en connivencia con las dirigencias políticas y militares de nuestros países, protegidas todas por el poder económico. Después del 2001, y del ataque a las torres gemelas, Bush la llamará guerra contra el terrorismo, con el agravante de que el terrorismo no es un enemigo humano concreto. El terrorismo es un método. Que Bush sintetiza en la Patriot Act, que limita la soberanía de todos los estados salvo Estados Unidos. Aunque allí también limita las libertades.

Para terminar ¿qué he aprendido yo de esta estrategia de guerra de las clases dirigentes de los países desarrollados y sobre qué les pido a mis colegas que tomemos conciencia? Cualquiera de nuestros países puede ser objeto de guerra antiterrorista y una de las imágenes más representativas es la imagen satelital de la base de la OTAN en las islas Malvinas, en la isla Soledad, que pasó de ser un puntito, en la década del '80, a ser ahora una base gigantesca con armamento nuclear. Desde la cual, como ha ocurrido con otros países, pueden destruir Buenos Aires apenas se les da un raptó de mal humor a los dirigentes imperiales. Nosotros tenemos la obligación como sociólogos, como historiadores, como militantes, de ver y de hablar sobre este problema. Es un problema mundial que nos amenaza, sobre el que yo le pido a mis colegas que prestemos atención. Lo veo poco reflejado en nuestra producción escrita. Tomemos conciencia. Nada más.

